

favor del poeta, cuya memoria cultivó con orgullo toda la vida, y explotando, en contra de la mujer legítima, el hecho indisputable de haber ella vivido varios años en paz y armonía perfectas con el hombre de quien había huido con horror la altanera patricia inglesa. El libro de la fiel amante fué traducido al inglés; y para dar idea del cambio fundamental de la opinión pública en Inglaterra, basta traducir unas líneas del juicio emitido por la mejor y más aristocrática publicación literaria inglesa, *Blackwood's Magazine*, sobre las memorias de la Guiccioli:

«Lady Byron ha sido llamada la Clitemnestra moral de su marido. El sobrenombre es duro; pero aunque nos duela condenar á una mujer, no podemos desoir la voz de la justicia, que nos advierte que la comparacion todavía resulta en favor de la criminal de la antigüedad; ésta, arrastrada al crimen por una pasión incontrastable, privó sólo de la vida á su marido, y arrostró las consecuencias; aquélla abandonó á su esposo en el momento mismo en que él luchaba contra mil escollos, en el tormentoso mar de inconvenientes que le suscitó su matrimonio, y cuando más que nunca necesitaba una mano amiga, tierna, indulgente que lo salvase.

«Además, se encerró luégo en un silencio mil veces más cruel que el puñal de Clitemnestra; éste asesinó sólo el cuerpo; el silencio de Lady Byron intentaba

asesinar el alma (y qué alma!), abriendo la puerta á la calumnia, insinuándose como magnanimidad de callar faltas atroces, depravadas quizás. En vano imploró él con tranquila conciencia una averiguacion. A todo se negó, y por único favor le despachó un dia dos personas para que examinasen si no estaba loco.

«Fué quizás la única mujer de su especie en el mundo; la única capaz de no sentirse feliz ni orgullosa de pertenecer á un hombre superior al resto de la humanidad, y la suerte fatal decretó que esa mujer *única* fuese la esposa de Byron!»

«Cualquiera que sea la excusa que á su silencio se dé, (agrega el articulista en una nota) es moralmente como esos venenos químicos, que matan instantáneamente, desafiando todos los remedios y asegurando la impunidad del culpable.»

Esta violenta acusacion marca bien el punto á que habia llegado la reaccion en favor del gran poeta. Si alguien tenia algo que decir en favor de la maldecida esposa, debia sentir vivo deseo de salir á la palestra al oír tales cargos; pero el momento era favorable á Byron, y guay del atrevido!

El atrevido, ó mejor dicho, la atrevida, fué una escritora americana, autora de un célebre libro, filantrópico y utilísimo, *La cabaña del tío Tomás*, que más que una novela fué una buena accion. Alegó en favor de

Lady Byron revelaciones estupendas que promovieron un torbellino de invectivas.

II

Declaró la Señora Beecher-Stowe haber estado esperando con ansia, despues de la muerte de la esposa de Byron, que álguien, de su familia ó de sus amigos, redactase, con los datos nuevos y auténticos que existian, una vindicacion de tantos ataques contra ella dirigidos; y que sólo convencida de que nada iba á aparecer, se resolvió á tomar la palabra. La palabra fué un simple artículo en una Revista mensual de Boston. El resultado inmediato, casi instantáneo, una grita, un escándalo inmenso en Inglaterra y los Estados Unidos.

Entre los muchos motivos á que la voz pública habia atribuido el divorcio de esos cónyuges, uno habia más detestable que los otros, pero que corrió poco, y del cual la generacion presente no se acordaba. El poeta Shelley alude á él en una de sus cartas á Byron, regocijándose de que hubiese quedado demostrada su falsedad. La historia de la escritora americana era la resurreccion de ese rumor; pero puesto en boca de Lady Byron y relatado con todas sus señales y caracteres, ante un público nuevo, que no necesitaba más

apología de Byron que sus mismas obras, debia producir y produjo el efecto de una revelacion.

Los que creyeron cuanto contaba la Señora Stowe, se callaron; pero muchos otros, bien en nombre de una moral mal entendida, bien por amor ó admiracion hácia la gloria del poeta, se lanzaron con fiereza contra la escritora, y trataron de desprestigiar y desautorizar su obra. La empresa no era difícil. La mujer anglo-americana sentia por Byron como hombre el desprecio más profundo; juzgaba al inspirado y sublime vate con toda la estrechez é intolerancia de su puritanismo bostoniano; y al defender á su amiga Lady Byron (otra mujer fuerte como ella y revestida de esa dureza implacable que no perdona ni comprende debilidades de los hombres) mostró claramente que habia leído poco y conocia apenas á Byron. Este, para ambas señoras, fué un loco de génio que habia corrompido la literatura inglesa. Así pues, chocó á todos el tono del artículo, y como estaba plagado de errores, al contar precisamente el episodio de la vida conyugal del poeta, llevaban gran ventaja contra ella sus refutadores. ¿Quién ignoraba que Byron se habia casado en Enero de 1815, que la separacion tuvo lugar en el mismo mes del año siguiente, y que estuvieron por tanto unidos un año nada más? El más descuidado lector de Byron lo sabia; y sin embargo la escritora americana, no sólo dice en su artículo que vivieron juntos dos años, sino

se entretiene en describir la situación de la esposa y explicar sus esfuerzos durante ese tiempo por reformar á su marido. La revelación por su misma extrañeza era ya un tanto inverosímil, y acompañada de ese y otros errores evidentes, muy pocos prosélitos había de encontrar.

La Señora Stowe replicó á sus detractores con un libro, en que salva todas las erratas del artículo, agrega unas pocas circunstancias de poco interés; y como un abogado fiscal extrae frases de la correspondencia del poeta, que interpreta y pone á luz de los nuevos hechos, para formar argumentos en pró de su teoría. Hoy ya han pasado tres años; nadie se acuerda de la reñida y larga polémica, y aunque es posible discutir y poner en duda todavía alguna de las afirmaciones de la Señora Stowe, parécenos que no puede calificarse por más tiempo de misterioso el episodio de la vida de Byron, que es el objeto de estas líneas.

La mujer de Byron promovió el divorcio porque creyó á su marido y á su hermana Augusta culpables de incesto. Este hecho es ya innegable; cabe aún negar su realidad, alegar argumentos contrarios más ó ménos plausibles; pero la circunstancia principal permanece en pié: ese fué el motivo en virtud del cual ella se separó, y el silencio tenaz de Lady Byron queda explicado y sobradamente disculpado.

Sería penoso entrar en los detalles de esta triste y

desagradable historia. Sería también inútil. ¿Para qué habíamos de ir, como la Beecher Stowe, relatando escenas ocurridas en el hogar doméstico, bastante vagas quizás para no convencer á los recalcitrantes; demasiado significativas para los que no encuentran razón ninguna que destruya la tremenda revelación; y citando muchos datos esparcidos en los versos y en la prosa de Lord Byron que concuerdan perfectamente con ella? El gran poeta expió amargamente con su vida errante y su trágica muerte el atentado que cometió contra las leyes sociales; su pluma revelaba una resistencia inquebrantable, una ira implacable contra la sociedad que lo expulsaba de su seno, aún sin saber fijamente la más horrible de sus debilidades; pero su corazón sufrió angustias indecibles, y un martirio constante. En medio de sus arrogantes amenazas, de los arranques vigorosos de su potente imaginación, sin cesar excitada por los insultos, el odio y las calumnias de sus enemigos, había un sentimiento de temor, que disimuló siempre, bajo el sarcasmo y la invectiva; pero que comunica á algunas de sus composiciones más extrañas y misteriosas un acento inequívoco de sinceridad.

Los lectores del poeta conocen bien esa hermana, hija única de la primera esposa del padre de Byron, como hijo único fué también él de la segunda; esa Augusta, á la cual dirigió varias composiciones, y por

quien el poeta manifiesta en todas ocasiones puro y ardiente cariño. Después de su última salida de Inglaterra, no la vió más; y la Stowe nos dice que Lady Byron impuso como condición esencial de su silencio que ambos hermanos en ninguna ocasión volvieran á reunirse. Byron mantuvo siempre correspondencia con ella, que era conocida en la sociedad inglesa con el nombre de su marido, es decir, la señora Leigh; y en 1816 escribió y dirigió desde Suiza una epístola en verso, que se cuenta entre sus mejores composiciones líricas. Son las diez y seis bellísimas octavas que comienzan de este modo:

« Hermana, dulce hermana! si otro nombre más dulce y más puro existiera, ése te daría. Mares y cordilleras nos separan, pero no invoco tus lágrimas; pido sólo que me quieras con cariño siempre igual al mío. Adonde quiera que vaya, siempre para mí serás la misma, etc.»

Byron envió esta poesía á su editor, con la advertencia de que no debía publicarse, sino previo el consentimiento especial de su hermana. Ella opinó que no se imprimiese, y quedó, por tanto, en manuscrito hasta 1830, en cuyo año apareció por primera vez, en el libro preparado por Moore. La composición, leída ahora y comprendida conforme á la nueva teoría del divorcio, quizás parezca aún mejor que ántes, pues se nota en ella una reticencia, un empeño

de no decir demasiado, que la llena de fuerza y significación. ¿Por qué razón—alguno preguntará—se opuso Augusta Leigh á la publicación de esa poesía? Al aparecer en 1831 pareció á todos casta, elocuente; ella, sin embargo, la juzgó de otro modo; y tal vez esta circunstancia sea un nuevo argumento indirecto, en favor de la tesis de la señora Stowe.

La importancia literaria de la nueva y curiosa versión sobre el divorcio consiste en que ofrece una clave para interpretar el extraño poema dramático *Manfredo*, una de las grandes obras del poeta. Byron mismo, al remitir á su editor los primeros fragmentos, le dice: «es un poema diálogado en tres actos, de un género muy extraño, metafísico, inexplicable; . . . el héroe es una especie de mágico, atormentado por cierto remordimiento especial, cuya naturaleza se deja sin aclarar completamente.» Y más tarde, después de publicado, contestando á los que suponían que el *Manfredo* había sido inspirado por el *Fausto* de Goethe, escribe: «no fué la obra de Goethe, nó; fueron más bien las montañas de la Suiza y otra cosa las que me lo hicieron escribir.» Esa *otra cosa* se está buscando por muchos desde hace cuarenta años, y la historia del incesto parece resolver el problema.

Todo el mundo creyó, al leer el *Manfredo*, que Byron pintaba en él sus propios remordimientos, y se imaginaron mil delitos, aún por los jueces más eminen-

tes. Un crítico tan sagaz y superior como Goethe, creyó ver en ese poema el acento de verdad de un suceso real, y no vaciló en atribuir al poeta un asesinato, cuyos remordimientos devoradores constituían la inspiración de la obra. Al efecto cuenta que Byron amó apasionadamente á una florentina, que el marido de ésta al saberlo la mató, y que al día siguiente apareció asesinado el matador, sin que pudiese nunca descubrirse el autor del segundo crimen. Lord Byron entonces (agrega Goethe) huyó de Florencia, y la imágen de esos dos séres lo perseguía constantemente. El suceso era completamente inexacto; pero basta, para caracterizar el siniestro poema, que el primer crítico moderno creyese necesaria la existencia de un crimen real como explicación de la obra poética.

El *Manfredo* fué de las primeras cosas que Byron escribió inmediatamente despues de su salida de Inglaterra; pocos meses, por tanto, despues del divorcio que lo privaba de esposa, de hija y de hermana. Es evidente que si habian de bullir en el alma del poeta remordimientos de la pasión impura que lo lanzaba de su patria, debían embargarla sobre todo en aquellos momentos. Si así fuere, puede decirse que el *Manfredo*, además de una obra poética de primer orden, es un curiosísimo poema psicológico.

No se detuvo Byron aquí. La misma inspiración del *Manfredo*, varios de sus mismos razonamientos y un

espíritu idéntico, vuelven á encontrarse en la tragedia de *Caín*, escrita tres años despues y superior á aquella por la diferencia de fechas, es decir, por un grado más alto de madurez y perfección en el talento del poeta.

El argumento en este caso traía consigo forzosamente eso, que hoy se llama incesto, y que no tenía nombre en los tiempos primitivos, en que se supone la acción de la tragedia. Lucifer pregunta en una de las primeras escenas á Ada, la hermana y esposa de Caín, si quiere á éste más que á su padre y á su madre; ella replica preguntando si también eso es un pecado, y el arcángel responde: «todavía nó; pero lo será entre tus hijos.» Ante las observaciones de Ada, que son los argumentos naturales del caso, continúa Lucifer: «no soy yo el inventor de ese pecado de que hablas, y ciertamente no lo es en tí, piensen lo que quieran los que te sucedan en la vida mortal.»

Dice la Stowe que, con esas mismas razones y el ejemplo de las Escrituras, trató Lord Byron, durante el año de casado, de convencer á su mujer, y que sólo logró que acabase por creerlo realmente loco. Cuando, por el contrario, se convenció de que no había demencia, sino malignidad, en las palabras y los actos de su marido, resolvió la separación definitiva.

Se nos figura, sin embargo, que todo esto no resuelve cuestión alguna ni varía, en bien ó en mal, la posición que Byron ocupa ante la posteridad. Su in-

fluencia personal es ya casi nula, y pronto se confundirá del todo con la forma y carácter de sus escritos. Entónces su biografía será estudiada como la de cualquier otro hombre de genio, y mirado, á nuestro juicio, únicamente como un sér desgraciado, cuya educacion fué lastimosamente pervertida por inevitables circunstancias, y sus errores efecto de causas superiores á su voluntad. ¿Quién se acuerda al hablar de Virgilio, del puro y santo Virgilio, de tal ó cual composicion, de tal ó cual rasgo extraño en alguna de sus églogas? Las costumbres de ciertas épocas son como los extravíos de ciertas formas de educacion, y la niñez y la juventud de Byron parecieron de propósito dispuestas, dirigidas, amoldadas para pervertir su carácter y hacerlo enojoso compañero de sus facultades soberanas. De ahí lo que todos sabemos que pasó. Pero no es justo, ni humano, tratar el caso con desdeñoso horror, y medirlo conforme á las reglas de un estrecho puritanismo. Sus errores fueron su desgracia; y el vituperio que merecen, no altera el efecto que debe obtener y obtiene la excelsitud innegable de su inspiracion poética. Hay mucho en Byron cuya lectura levanta el corazon y agranda los horizontes del espíritu. Los siglos pasarán, y habrá siempre labios que repitan con delicia sus versos incomparables.

1873.

*NOVELISTAS FRANCESES**CONTEMPORANEOS*

I

OCTAVIO FEUILLET

El género moderno de narracion épica en prosa, que comunmente llamamos novela, ha sido cultivado con tal éxito en nuestro siglo, que sin exageracion puede calificarse de uno de los más gloriosos é importantes. Francia é Inglaterra, en particular, cuentan entre el número de sus novelistas, varios de sus más distinguidos escritores. Scott, Dickens, Thackeray y Jorge Elliot, para mencionar sólo á los mejores, son, así como Balzac, Stendhal, Dumas, Merimée y Jorge Sand, artistas de primer orden, honra y prez de la literatura de esos dos paises.

Ambas naciones han seguido empero muy diverso camino. La novela francesa es ántes que todo una obra de arte, sin más objeto que la brillante reproduccion de la realidad humana, sin cuidarse de favorecer